

El deseo y el placer

José María Bedoya Bergua¹

“El objeto del deseo es lo agradable”
(Hê gar epithymia tou hêdeos estin)
Aristóteles, *De las partes de los animales*.

Sobre el pensamiento que encabeza el texto todos estamos de acuerdo, hombres y mujeres. Pero también Aristóteles en su *Ética nicomaquea*, daba tres ejemplos de “placeres comunes”: la alimentación, la bebida y, *para los jóvenes y los hombres en la plenitud de la edad*, el “placer del sexo”. En este otro pensamiento sobre el placer, también todos los hombres han estado y siguen estando de acuerdo y cuando se usa la expresión “el deseo”, se sigue asociando con impulso sexual y se establece inmediatamente una equivalencia con la sexualidad masculina. Como entonces, poco o nada hay sobre las mujeres, y siguiendo a Aristóteles, se sigue pensando: *«la hembra en tanto hembra, es un elemento pasivo y el macho en tanto macho, un elemento activo»*. Desde entonces se considera que las mujeres no poseen un impulso sexual propiamente dicho y que sus sentimientos sexuales son de carácter más difuso y sutil. El impulso masculino, en cambio, siempre se ha descrito de manera explícita y con adjetivos reservados para describir los fuegos artificiales del final de las ferias y verbenas. Es explosivo y se le compara con una bomba de relojería con una mecha muy corta, con un fuego incontrolable o con el disparo de un cartucho de dinamita. Además se piensa que es un instinto autónomo que escapa al autocontrol y está siempre impulsado hacia la búsqueda de una descarga.

La idea es antigua. El tratado hipocrático *De la Generación*, que en sus primeras páginas hace una descripción detallada del acto sexual (masculino desde luego), lo analiza como una mecánica violenta que lleva al escape del esperma. El frotamiento del sexo de Diógenes y el movimiento de todo el cuerpo, tiene por efecto producir un calentamiento general y a consecuencia de esta agitación, el humor, que está extendido por todo el cuerpo, se hace más fluido, hasta el punto de que acaba por espumear (*aphrein*) *«como espumean todos los fluidos agitados»*. En este momento se produce la separación. La parte más vigorosa, *«la más fuerte y la más grasa»*, se va al cerebro y a la médula espinal, de la que desciende a lo largo de los lomos. De ahí *«la espuma caliente pasa a los riñones y de ahí, por los testículos, hasta la verga de donde es expulsada por un trastorno violento (tarachê)»*. En la mujer el proceso es el mismo, con excepción de que el punto de partida del calentamiento se produce cuando la matriz es estimulada por el sexo masculino en el momento del coito. Pero en el propio acto, el placer de la mujer es mucho menos intenso que el del hombre. Su placer, a lo largo de toda la relación, depende del hombre; no cesa hasta que *«el hombre libera a la mujer»*

¹ Médico Ginecólogo.

y, si ocurre que consigue el orgasmo antes que él, el placer no desaparece por ello: sólo que lo experimenta de otro modo. Este esquema eyaculador muestra evidentemente la dominación casi exclusiva del modelo hombre. El acto femenino no es exactamente el complementario; es más bien su doble, pero en versión debilitada y dependiente del hombre, que lo ejerce de forma violenta, con una mecánica irreprimible y una fuerza cuyo dominio escapa a su voluntad.

En el terreno del amor y de la relación sexuada, Occidente siempre ha seguido el rastro de las teorías platónicas sobre el deseo como falta y de la pareja como solución a lo incompleto, que buscan alcanzar la eternidad comprometiéndose con ese amor, que desde entonces llamamos platónico. Sobre estas ideas más tarde Pablo de Tarso y los Padres de la Iglesia escriben su historia de la filosofía y del deseo. Aprovecharon la teoría del amor de Dios y de las cosas divinas y desacreditaron la opción humana, sexual y sexuada, reescribiendo la filosofía griega y adaptándola al marco cristiano, poniendo, vergonzosamente, la filosofía al servicio de la teología, maltratando y aborreciendo los cuerpos e inventando la disciplina, la mortificación, la castidad, la virginidad y la penitencia. La dureza del ascetismo platónico cristianizado genera numerosos sufrimientos, frustraciones, dolores y penas, como atestiguan los médicos sexólogos y terapeutas. Los dos milenios cristianos no han producido más que odio a la vida, martilleando continuamente en las mentes la continua renuncia a las ideas lúdicas, gozosas y voluptuosas que antes habían preconizado Demócrito, Leucipo y otros presocráticos.

Para estos autores —cuyos libros, según los *Comentarios históricos* de Aristóxeno, Platón quería condenar a la hoguera— el deseo significa fluidos, fuerzas, energías cuantificables, visibles por la observación y el análisis, rechazando toda fantasmagoría religiosa. Lo mismo ocurre con el placer. Para Demócrito el placer evita los disfraces poéticos y elige los frotamientos mecánicos que inducen al movimiento y sus consecuencias. Para él, el onanista eyaculador y el enamorado perdido se equiparan totalmente. No existen Afroditas celestes y Venus vulgares, sino que las dos son hidráulicas. Donde Platón ve pasión, amor, sentimiento y corazón, Demócrito veía deseo, placer, libido y sexo. Donde Afrodita vuela en el cielo de las Ideas, Venus goza con un falo terrestre.

El goce del otro interesa en la medida en que demuestra una capacidad narcisista de desencadenarlo y producirlo. Se goza del placer del otro, pero no se goza el placer del otro. Con él, junto a él, a su lado, pero no en lugar del otro, con su conciencia, en su propia carne.

En materia de placer, el monoteísmo judío inventa la misoginia occidental y permite al cristianismo y el Islam seguir la misma tarea. La Torah, El Nuevo Testamento y el Corán legitiman el mundo masculino basado en la inferioridad femenina (*Tratado de ateología*, M. Onfray)

La misoginia judeocristiana saca de la costilla del hombre la génesis de la mujer y la cuestión del origen del mal. Esta historia ha formado a millones de personas a través del catecismo, la historia del arte, las misas, los sermones y hasta la filosofía platónica. Por sucumbir a la tentación, Eva causa todo lo negativo y es fuente de todos los males. Por gustar el fruto deseable para adquirir la inteligencia, Eva desafía a Dios, desobedece a quien da órdenes y al pensar, inventa la filosofía. Para los vendedores de obediencia, desobedece.

La cólera de Dios se extiende a las generaciones futuras y decide la enemistad eterna entre hombres y mujeres y la perpetua sumisión de las mujeres al poder de los hombres. Desde entonces la diferencia sexual se vive como una guerra. Para las tres religiones del Libro, el placer es la bestia a batir. El pensamiento judío y la tradición platónica se fusionan en la figura espantosa de Pablo de Tarso. Pablo desprecia el cuerpo, aborrece el deseo, condena el placer, alaba la virginidad, codifica la sexualidad e inventa un mundo de intolerancia intelectual, culto a la mala salud, odio al cuerpo y al goce, desprecio hacia las mujeres y placer con el dolor autoinfligido mediante sacrificios. Es decir, crea un mundo neurotizado a su imagen y semejanza para poder vivir con su propia neurosis y convierte sus necesidades en virtudes, transformando el mundo para que lo imite. De él viene el elogio al celibato, la castidad y la abstinencia, así como las advertencias sobre las mujeres como seres débiles cuya misión es obedecer a los hombres en silencio y sumisión. Temer y no mandar al supuesto sexo fuerte.

El discurso cristiano está fundado sobre el modelo falocéntrico donde el odio a la mujer surge del miedo a las mujeres, igual que el odio al placer proviene de un miedo al placer. Desde una visión laica, lejos de estos prejuicios, querer a las mujeres como iguales, en todos los planos, como cómplices y no como enemigas, es proponer de una manera no sexista, como hombres, una doctrina feminista (*Teoría del cuerpo enamorado*, M. Onfray).

Pero estas ideas falocéntricas han perdurado a través de la historia y están muy bien representadas en el dibujo del Coito, de Leonardo da Vinci, donde el hombre aparece en todos sus detalles anatómicos, mientras que la mujer aparece representada como un torso sin cabeza ni piernas. Aún en 1945, Reik decía:

«El impulso sexual en su forma más básica es una necesidad biológica, representada por el instinto, y se halla condicionado por transformaciones bioquímicas que tienen lugar en el interior del organismo. La urgencia con que se manifiesta depende de secreciones internas y su objetivo es liberar una tensión física. Los estímulos internos, activados por las transformaciones químicas, tienden a provocar la eyaculación.» (*Psychology of Sex Relations*)

Para los psicólogos de aquella época, el deseo es algo tan arrollador que dirige las acciones del hombre, se sitúa fuera del alcance de su control y requiere siempre un objeto adecuado para su satisfacción. Bajo la forma de objeto queda definido el papel de la mujer.

No todos pensaban así. Kinsey fue uno de los primeros sexólogos que vio en el deseo sexual una conducta aprendida y no un instinto incontrolable:

«Existen considerables motivos para suponer que algunos aspectos de la pauta de conducta representan conductas aprendidas que han llegado a convertirse en habituales como resultado de experiencias tempranas.» (*Sexual Behavior in the Human Female*)

Para Kinsey las primeras vivencias definitivas del impulso sexual aprendido y plenamente desarrollado tienen lugar en la adolescencia, época en la cual es más breve el lapso que separa la estimulación sexual de la respuesta. A partir de los mitos culturales, los chicos aprenden muy pronto que: 1) ese impulso debe ser satisfecho, puesto que es imposible refrenarlo, y 2) tienen el derecho implícito a utilizar a las chicas y mujeres como objeto para su satisfacción. Con este aprendizaje, después, a medida que se van haciendo hombres y comienzan a experimentar con su sexualidad, libres de trabas y responsabilidades, van integrando ese modo de conducta que se convertirá, sin modificaciones, en la base del poder sexual masculino adulto.

También Masters y Johnson, como resultado de sus estudios sobre la eyaculación precoz, sugirieron que ese impulso aparentemente incontrolable es, de hecho, algo aprendido.

El deseo sexual aprendido del joven adolescente, impulsivo e incontrolable, se convierte para muchos hombres en la pauta de su comportamiento sexual adulto, con una sexualidad que no ha evolucionado más allá de las formas desarrolladas a los 12, 13, 14 años, lo que constituye un caso de *desarrollo sexual interrumpido o retardado*. Este desarrollo sexual retardado crea el contexto para todos los demás aspectos de su conducta y es compatible con la tipología de hombres violentos establecida por Toch, de conducta egoísta, abusiva e intimidatoria que caracteriza a los que maltratan a las mujeres. Ellos aprendieron a buscar una gratificación sexual inmediata y con el tiempo no aprenden otro tipo de gratificación, ni se preocupan por buscar otros medios para lograrla.

Las ideas generales sobre el deseo o el impulso sexual masculino han variado poco y se mantienen vigentes en la actualidad. Mientras que los chicos adolescentes adquieren la noción de su poder a través de la experiencia social de su impulso sexual, las chicas aprenden que el poder sexual tiene su sede en el hombre. La importancia que se concede al impulso sexual masculino en la socialización, tanto de las chicas como de

los chicos, hace de la entrada en la adolescencia la primera fase de la identificación masculina en la vida.

Aunque las niñas pueden descubrir que se valora más a los hombres —lo que éstos hacen, piensan, son— que a las mujeres, para la mayoría de ellas la primera experiencia dramática la tendrán en la adolescencia, cuando tienen que aprender a, y hacerse responsables del impulso aparentemente incontrolable de los chicos. Cuando la chica empieza a tener conciencia de sus propios sentimientos sexuales, cada vez más intensos, aprende a interpretarlos, fundamentalmente, en el contexto del deseo sexual de los chicos. Bajo los dictados de la norma que impone la heterosexualidad obligatoria, la chica da la espalda a la que hasta entonces había sido su relación preferente hacia sus amigas. Con ello, la propia identidad personal de la chica pasa a ocupar un lugar secundario y se inicia así la identificación masculina.

Con esta educación, los chicos aprenden a identificar sexo con poder. Ellos actúan y la mujer debe reaccionar. Descubren que el objeto femenino escogido para su desahogo sexual no puede negarse a ellos, o que incluso cuando ellas dicen que no, en realidad quieren decir que sí. La pauta de conducta se prolonga más allá de la adolescencia, a pesar de que se ha establecido que la incontrolabilidad de la erección puede refrenarse en la edad adulta.

En efecto, los hombres que han comenzado a cuestionarse los criterios de actuación que les enseñaron, señalan que la satisfacción sexual masculina no tiene que ir necesariamente ligada a la erección y puede ser, por el contrario, una sensación más difusa, sin sentir la necesidad de traducir su impulso sexual en acciones de ese poder. Son hombres que desean ser deseados y receptores del encuentro sexual. Quieren saber que otra persona desea realmente hacerles el amor. Saber que las mujeres también desean a los hombres, desean leerlos en su interior, conocerlos para desvestirlos y desnudarlos de su rictus de lucha continua y del papel de eterno cazador.

Es necesario que hombres y mujeres mantengan relaciones sinceras para que un día, más tarde o más temprano, se establezca una relación total, y cuando un hombre acepte a la mujer como su igual y valore su individualidad, también aceptará con gusto la iniciativa sexual de la mujer, que será tanto más difícil cuando el hombre, como prueba de su masculinidad, necesite dominar a la mujer. *«Porque allí donde existe igualdad de los sexos, y muy especialmente en la intimidad de la pareja, la liberación de la mujer, liberará al hombre.»* Masters y Johnson.

Cuando la mujer abandona su papel pasivo, el hombre se libera de sentirse el único responsable del éxito en la relación sexual. Cuando ella percibe la unión en “igualdad”, si alcanzan el éxito o el fracaso juntos, no habrá un único responsable. Cuanto más se valore una mujer como persona, tanto más eficaz será para establecer una relación de igualdad con el hombre. Ninguna mujer podrá emanciparse

sexualmente, si antes no se ha emancipado a nivel personal. Y ningún hombre aceptará la iniciativa de la mujer de manera feliz, si antes no ha logrado reconocer a su pareja como una persona de su misma categoría.

En el extremo opuesto, en la actualidad, otros hombres han aprendido a “preocuparse” por que sus parejas tengan un orgasmo y son críticos consigo mismo si la respuesta de su pareja no es satisfactoria. Pero, incluso, en estos casos también vuelven a aparecer los conocidos temas del poder y los resultados:

«Mientras antes los hombres se mostraban indiferentes a los orgasmos femeninos, ahora muchos manifiestan un empeño excesivo en conseguirlos. Para algunos, el hecho de que su pareja no llegue al orgasmo constituye una afrenta a su masculinidad y son capaces de insistir durante toda la noche con la esperanza de generar el ardor de la pasión con, *de nuevo*, el sudor de su frente.» (*Beyond the Male Myth*. 1975)

Reaparece la equiparación de sexo y poder en una versión distinta, ahora bajo la exigencia de una respuesta completa de la mujer y sustituyéndose la relación mutua por la intimidación, explotación, egoísmo incontrolado y catarsis, según la tipología de Toch, que opina que los hombres propensos a este tipo de dominación «*son personas que consideran que ellas mismas (y sus propias necesidades) son el único hecho socialmente relevante.*»

La descripción de las tipologías es:

Intimidación: Una orientación en la que se obtiene placer a través del ejercicio de la violencia y el terror contra individuos especialmente susceptibles.

Explotación: El esfuerzo persistente por manipular a los demás obligándolos a convertirse, contra su voluntad, en instrumentos del propio placer y conveniencia, con recurso a la violencia cuando las víctimas se resisten.

Egoísmo incontrolado: La tendencia a actuar bajo el supuesto de que las demás personas existen para satisfacción de las propias necesidades, con el recurso a la violencia como castigo por el no sometimiento.

Catarsis: La tendencia a recurrir a la violencia como medio para descargar las tensiones internas acumuladas o como respuesta a ciertos sentimientos o estados de ánimo que se presentan periódicamente. (Toch H., *Violent Men*, 1972)

La actividad sexual masculina se relaciona con el papel genérico atribuido al hombre, que le obliga a comportarse “como un hombre” durante el coito y se configura en las siguientes creencias sexuales que sustentan la mayoría de los hombres:

1. Sus necesidades sexuales y su órgano sexual son simples, a diferencia de lo que les sucede a las mujeres.
2. La mayoría de los hombres están dispuestos, deseosos y preparados para todo el sexo que puedan conseguir.
3. Las experiencias sexuales de la mayoría de los hombres se aproximan a un éxtasis explosivo.
4. El hombre se siente en la necesidad de enseñar y dirigir a su pareja hacia el placer y los orgasmos.
5. La proeza sexual es un asunto importante que requiere concentración y donde no hay lugar para la experimentación, el juego o lo imprevisible.
6. Las mujeres prefieren el coito, en especial el “fuerte”, a otro tipo de actividades sexuales.
7. Todo acto sexual realmente bueno y normal debe terminar con el coito.
8. Cualquier contacto físico estimulante por parte de la pareja, se interpreta como una invitación al coito.
9. Es responsabilidad del hombre satisfacer tanto a su pareja como a sí mismo.
10. Las proezas sexuales nunca son definitivas y necesitan ser reconocidas continuamente por la pareja.

Se deduce que el hombre necesita autoafirmar su virilidad mediante una erección, con lo que en él se confunde deseo con impulso y excitación sexual, capacidad de procrear, fuerza sexual y potencia. En este concepto de virilidad no hay lugar para la emoción, la comunicación, la experiencia del conjunto del cuerpo, el compromiso, los sentimientos acerca de otros cuerpos, ni el envejecimiento.

Todo esto se agudiza en el momento del matrimonio. Hasta entonces la mujer, en lo posible, decide si quiere o no quiere reunirse con su pareja. Él puede solicitar, suplicar, hacer carantoñas y caricias, enviar regalos, pero la elección final queda en manos de la chica. Si ella no quiere puede negarse. Con cualquier disculpa él quedará decepcionado. Pero a partir del matrimonio, las cosas cambian. La pareja comparte mesa y cama. A partir de ahora es el permanente e insistente deseo sexual del hombre el que impone las relaciones y no las apetencias de su compañera, que son tan diferentes de una mujer a otra y dependen de tantas circunstancias que no se puede hablar de constantes para el conjunto del sexo femenino. A diferencia de las especies animales, en la especie humana el hombre es capaz de copular con una mujer poco receptiva o que no muestra interés por una relación coital cuando está cansada o aburrida, o simplemente no le apetece, porque su deseo se centra en tener a una compañera sexual cuya receptividad se adecue a su potencia más o menos regular.

Por otra parte el deseo del hombre responde rápidamente ante señales que se han establecido como excitantes, tales como un escote, una prenda corta o ajustada, un perfume o simplemente una mujer sola, caminando por lugares poco frecuentados y la sexualidad masculina parece, en principio, dirigida únicamente al objetivo de la descarga automática, sin tener en cuenta la sensibilidad femenina a los cambios que se producen en su propio cuerpo, a sus deseos o a sus fantasías. Ésta es la cultura imperante en la mayor parte de las civilizaciones a excepción de algunos pueblos y culturas referidas por los antropólogos. Y sobre estas civilizaciones mayoritarias a lo largo de la Historia se han basado todos los estudios recientes, más o menos científicos, de biólogos, sexólogos, fisiólogos, psiquiatras, psicólogos y sociobiólogos deterministas.

Pero hablar de una civilización es hablar de la creencia cultural de la población masculina, de hecho minoritaria, de esa civilización. ¿Y la creencia de la población femenina, mayoritaria, de esa población?

Estudios sobre sexualidad humana

(«El sexo no es un acto natural.» L. Tiefer)

En 1922 el Consejo Nacional de Investigaciones de los Estados Unidos, a petición de grupos influyente, creó una Comisión para la Investigación sobre Problemas del Sexo, con apoyo económico de la Fundación Rockefeller. En aquella época, la mayor parte de los estudios se basaron en experimentos animales, sin tener en cuenta los aspectos del sexo en los humanos, por considerarlo intrínsecamente indecente.

Sólo a partir de 1966, Masters y Johnson se preguntaron ¿qué reacciones físicas se desarrollan cuando el hombre y la mujer reaccionan ante una estimulación sexual eficaz? Tras estudios en su laboratorio de sexología con parejas voluntarias, propusieron un modelo de ciclo universal para la respuesta sexual humana. No se refirieron a “un” ciclo, sino “al” ciclo de respuesta sexual humana, con estos términos:

«Cabe presentar una imagen más concisa de la relación fisiológica a los estímulos sexuales, dividiendo los ciclos masculino y femenino de respuesta sexual en cuatro fases distintas de excitación, meseta, orgasmo y resolución. Esta división arbitraria en cuatro partes del ciclo de respuesta sexual humana proporciona un marco eficaz para una descripción minuciosa de las variantes fisiológicas en la reacción sexual.»

Su modelo no incluía, en ningún momento, nada sobre el impulso sexual, la libido, el deseo, la pasión, etc.. No obstante otro autor de la época como Beach (1956)

añadió que el impulso sexual nada tiene que ver con *“unas genuinas necesidades biológicas o de los tejidos”*

El modelo de Masters y Johnson incluye un sesgo de selección porque: *«cualquier sujeto de estudio debía cumplir, antes que fuera aceptado para el programa, el requisito de que contase con un historial positivo de experiencias orgásmicas por masturbación y coito»* (1966), eliminando a hombres y mujeres incapaces de responder sexualmente y de llegar al orgasmo, dado que se trataba de un estudio de respuesta sexual. La mayor parte de sus parejas eran matrimonios y entre ellos el 92% de los hombres se habían masturbado frente a una cifra inferior al 50% entre las mujeres, por lo que para la mayoría de ellas la única experiencia sexual había sido el coito.

Al centrarse en los aspectos físicos de la sexualidad e ignorar el resto, el ciclo de la respuesta sexual humana favorece los valores de los hombres en perjuicio de las mujeres. Por otra parte, al concentrarse en los genitales, este ciclo prima la formación de los hombres sobre las mujeres. Como mencionaba antes, al seleccionar a las parejas con experiencia y satisfacción con la masturbación hasta el orgasmo como criterio para todos los participantes, la selección de los sujetos de la investigación, que podría parecer neutral, determinó que la muestra no fuese representativa.

Otra crítica a la respuesta sexual humana es que supone que hombres y mujeres tienen y desean el mismo tipo de sexualidad, apoyándose en que los estudios anatómicos, salvando las diferencias de forma y tamaño, y la investigación fisiológica indican que, en condiciones seleccionadas de investigación, estamos constituidos del mismo modo. Pero las realidades sociales nos enseñan que no todos somos exactamente iguales en nuestros deseos, nuestro desarrollo o nuestro significado sexual. Desde que Helen Kaplan (1979) afirmó que: *«...a los efectos de una integridad conceptual y una eficacia clínica había que añadir una fase distinta (deseo sexual), anteriormente desdeñada»*, numerosos estudios han demostrado que, en la relación sexual, las mujeres consideran más importante el afecto y la comunicación emocional que el orgasmo.

Ante esta realidad no cabe seguir insistiendo en que la sexualidad del hombre y la mujer está universalmente representada en “el ciclo” de respuesta sexual humana. Como cualquier órgano de la anatomía, la forma y la respuesta fisiológica normal es igual en todas las personas. La anatomía y el funcionamiento del aparato digestivo y la digestión, por ejemplo, es igual para todos, pero los gustos, las preferencias o hábitos alimenticios, son diferentes y varían de una persona a otra, de una cultura a otra o de una educación a otra. Se podrá argumentar que estos son aspectos cualitativos que no se pueden medir ni comparar estadísticamente, por lo que todas las investigaciones en este sentido no serán “científicas”, entre comillas.

Pero lo contrario, es decir, centrarse en los aspectos cuantitativos de la sexualidad, es no integrarla en el conjunto del cuerpo, sino incluirla en una colección

fragmentada de partes que se expanden y se contraen en diferentes momentos, limitando la sexualidad a una operación de máquinas complejas, en las que la satisfacción general sólo es el resultado del perfecto funcionamiento de las distintas piezas.

El modelo imperante del ciclo de respuesta sexual y la definición de “normal” para todo el que lo cumpla, ha contribuido a la idea de la sexualidad como funcionamiento adecuado de las partes. En este sentido todo lo que queda fuera de la “norma” (“norma” es, por definición, la medida para juzgar, pero no es objeto de crítica) es una disfunción y se considera “anormal”. El Manual de Diagnósticos y Estadísticas de las Perturbaciones Mentales de la Asociación Psiquiátrica Americana, en sus diferentes ediciones, pasó de no mencionar las disfunciones sexuales en 1952 (I) a incluirlas como síntomas de trastornos psicósomáticos en 1968 (II), como subcategoría de alteraciones psicosexuales en 1980 (III) a subcategoría de trastornos sexuales en 1987 (III-R) y a trastornos sexuales y de la identidad sexual en 1994 (IV).

En todos los manuales, la anormalidad sexual constituye una *«desviación de una secuencia fija (deseo, excitación, orgasmo) de reacciones biológicas, universalmente codificadas de partes del cuerpo del hombre y la mujer, desencadenadas por una estimulación “adecuada”.»* Lo mismo que decían Masters y Johnson, salvo que incluyen los trastornos del deseo sexual inhibido.

Sigue sin hacerse mención a la emoción, la intimidad, la pasión, la seducción, la comunicación, la honestidad, la sensibilidad, la confianza, el tiempo, la fantasía, la atracción, el riesgo, el tabú, el conocimiento sexual, la seguridad, el respeto, el compartir, la generosidad, la espontaneidad, la creatividad, jugar, explorar todo el cuerpo o los sentimientos acerca de los cuerpos, la alegría o el amor, como algunos de los principales afrodisíacos para mantener vivo el deseo sexual. Es frecuente que se ignore esto, porque forma parte de una tradición cultural en la que la conducta, sentimientos, situaciones vitales o valores de las mujeres pocas veces o nunca se han incluido en los libros sobre la “Humanidad”. Cuando las mujeres aparecen en las investigaciones sobre el sexo, casi siempre es en relación con los hombres, sea para compararlas y proclamar su imperfección —como en el caso de Aristóteles, Freud o Kohlberg — porque lo contrario es impensable— o para presentarlas como sus colaboradoras, amantes, esposas o madres. Pero la mayoría de las veces las mujeres son invisibles, olvidadas. La conducta humana se reduce a la conducta de los hombres y a nadie, ni al autor ni a los lectores, se les pasa por la cabeza que el libro o estudio —que supuestamente trata de la “humanidad”, los “seres humanos” o las “personas”— de lo que realmente trata es de los hombres. Puesto que las mujeres no forman parte de la conciencia del autor, éste no puede contrastar la conducta de los hombres con nada, por lo cual el modelo masculino se toma como la única conducta “humana” normal.

Y aunque se habla de sexualidad de género, no se tiene en cuenta la desigualdad genérica de la mujer en cuanto a la sexualidad, la explotación sexual o su propia imagen

corporal y se cae en la paradoja de pensar que los hombres y las mujeres son iguales en su sexualidad, porque todos son hombres o cuando algunas mujeres piensan que liberarse significa ser como los hombres.

La disminución del deseo sexual

La disminución del deseo se va instalando en la pareja de una manera silenciosa y pasa a ser aceptada como uno de los precios normales de la convivencia.

Las razones por las que el deseo disminuye o desaparece en uno o en ambos integrantes de la pareja son múltiples. En los manuales y tratados se enumeran varias causas, como las experiencias sexuales negativas, las enfermedades físicas, el uso de medicamentos, el malestar general, la depresión, el insomnio, el dolor sexual en la mujer, la impotencia o la eyaculación retardada en el hombre, etc..

Pero una de las dos causas más comunes suele ser los problemas de relación, en donde uno o los dos miembros de la pareja no se siente cercano a su compañero. La vida sin comunicación y sin demostraciones de afecto son los reproches más frecuentes de las mujeres y hombres. La queja habitual es que uno de ellos sólo se muestra cariñoso cuando quiere mantener una relación sexual y el sexo llega a formar parte de un juego de seducción rutinario. Se sabe cuándo empieza y cómo termina y siempre es el mismo, lo que provoca una disminución del deseo o la no renovación del mismo y el rechazo. Pero sobre todo, lo que más influye es la incapacidad de demostrar afecto por una persona a la que se ignora cotidianamente y a la que se quiere dar todo el amor en quince minutos. Se olvida así que el deseo y el amor se construyen todos los días y se tiene que renovar a diario para evitar que se desgaste y se muera.

La otra causa frecuente es la disminución o falta de deseo sexual, que se manifiesta cuando hay falta de atracción hacia la persona que se tiene al lado, porque ya no erotiza o porque se ha perdido la pasión por ella. En estos casos no significa que se haya perdido el deseo sexual, porque aún existe la excitación con fantasías que no se tienen con la pareja, pero sí se tienen cuando hay otra persona que las estimula y alimenta.

Estas causas se agudizan a medida que pasan los años de convivencia, cuando la sexualidad se reduce y el deseo disminuye. En la pareja los dos se culpan mutuamente y ambos piensan que queda poco por rescatar de la dimensión erótica y del amor, aunque en realidad son ambos los que poco a poco se han ido distanciando, por no hablar de lo que les pasa y lo que necesitan. Y es entonces cuando aparece la necesidad de buscar lo que falta fuera de ese vínculo entre los dos.

En esta fase de crisis, explícita o no, muchas parejas se limitan a vivir bajo un mismo techo, donde en realidad queda poco por rescatar en ese vínculo desgastado y

maltratado y donde, sin deseo, hacer el amor sólo es intentar cubrir la crisis y sus consecuencias, en un absurdo intento de cumplir un mandato social o cultural.

No hay que olvidar que una vez pasada la fogosidad del enamoramiento, la sexualidad necesita ser alimentada, necesita ser creativa, hablar francamente con la pareja para saber lo que les gusta a ambos, les apetece y lo que no, lo que el otro necesita y cómo, para encontrar una plena relación sexual con la que los dos queden satisfechos.

Un comienzo ameno, alegre, sin represiones ni reproches, contemplarse y sentirse desnudos, intercambiar caricias, palabras, besos y abrazos en un juego previo en el que participen los dos, facilita que la pareja se excite y desee el contacto físico cada vez más. Darse tiempo y permiso para los juegos sexuales, para encontrarse sin pudor, aprendiendo a dar y recibir sin estar siempre pendiente del otro, sino centrándose en el propio placer, revivir el deseo, disfrutarse y batallar contra el desamor.

Las fantasías del deseo

Las expresiones de las fantasías del deseo se pueden conocer a través de los textos de diferentes autores, hombres y mujeres, reflejadas en sus novelas, cuentos, canciones y poemas. He elegido algunos ejemplos.

1. En *Las recompensas del amor* de René Nelli (Fragmentos de una historia del cuerpo humano), la erótica provenzal de los trovadores hacía referencia a unas formas de recompensa del amor más secreta que el beso o el “acto”, como era la contemplación de la dama desnuda y el *asag* (prueba de amor). Eran dos ceremonias íntimas y comedidas, que no estaban necesariamente unidas. En la primera la dama recibía a su amante allí donde se desnudaba, sin que su virtud fuese cuestionada, pues siempre podía llamar a sus doncellas, que casi siempre la acompañaban, o incluso su marido. Lo expresa así Bernart de Ventadour ante una imagen de un desnudo parcial o progresivo:

«Será una gran decepción si ella no me llama para ir a la habitación donde se desnuda, para que cuando disponga, vaya yo a su lado, al borde de la cama, y de rodillas, humildemente, le quite sus bien calzados zapatos, si tiene a bien ofrecerme el pie.»

Siempre que no mostrase demasiada impaciencia, el amante podía rozar el cuerpo de su amiga, con lo que el amor quedaba codificado para entrar en la pasión, pero sólo se guía por la fantasía. La dama desnuda o semidesnuda, podía abrazar a su amante (vestido) ceñirle entre sus brazos, y nadie se sorprendía si ella tomaba la iniciativa de darle un beso, que él no podía devolver. La cosa no pasaba de ahí.

En el *asag*, por el contrario, la dama se entregaba a una verdadera pasión donde la pasión del amante se exaltaba, se ponía a prueba y concluía satisfaciéndose de una manera sutil. En el *asag* el amante podía, al fin, contemplar y abrazar a la dama, la suprema recompensa de su ferviente fidelidad y ella podía “poner a prueba” a su amante y comprobar si era amada con un amor de corazón o simplemente deseada como objeto carnal. Lo refleja bien una cobla catalana:

Ni el Santo Padre de Roma
Haría lo que yo he hecho;
Dormir contigo una noche
Y no tocar tu cuerpo.

Y la condesa de Die lo manifiesta en una mezcál singular de exaltación voluptuosa y castidad que caracteriza al amor provenzal en general y al *asag* en particular:

«Me ha causado una gran pena el amor de un caballero. Quiero que sepa siempre la pasión desbordada que sentí por él. Y aquí estoy abandonada con el pretexto de que no le di mi amor. ¡Qué decir de mis delirios, tanto en la cama como vestida!

¡Cuánto desearía tener una noche a mi caballero en mis brazos desnudos, que fuese feliz al hacerle yo, solamente, una almohada con mi pecho! Estoy más enamorada de él que Flora lo estuvo de Blancaflor; le doy mi corazón y mi amor, mi espíritu, mis ojos y mi vida.

Mi bello amigo, amable y cariñoso: aunque nunca os tuve en mi poder, si pudiese dormir una noche junto a vos y daros un beso de amor, me encantaría —sabedlo— estrecharos en mis brazos en vez de mi marido, siempre que me prometieseis antes, mediante juramento, que haríais lo que yo quisiese.»

En el *asag* cortés, la lealtad del amante consiste en respetar el pudor de la dama, pues cualquier acto contrario se interpretaría como una ausencia de amor. En él las damas del siglo XIII establecían una diferencia entre el beso de amor, que es libre, frente al beso del esposo, que es obligatorio.

2. En la novela *Afrodita* de Pierre Louys (1896), el autor expresa su deseo por boca de Demetrios:

«Permaneciendo inmóviles los pies y no doblando ni separando las rodillas, gira su torso muy despacio sobre las caderas también

inmóviles. Su rostro y sus dos senos, fuera de la envoltura de las piernas, parecían tres hermosas flores, tres rosas en un estuche de lienzo.

Baila con serenidad, balanceando los hombros, la cabeza y los atrayentes brazos. Le estorba aquella especie de funda que resaltaba mas la blancura de su cuerpo a medias descubierto. El pecho se le contrae y dilata por el esfuerzo respiratorio y le llega a ser imposible cerrar la boca y abrir los párpados, mientras que las mejillas se le encienden a cada momento, cada vez más.

A veces se entrelaza los dedos a la altura de la cara; a veces levanta los brazos y se estira insinuatoramente. Un fugitivo, largo surco le separa los hombros al alzarlos. Finalmente, haciendo con un rápido ademán que la cabellera le envuelva la cara jadeante como si fuera un velo nupcial, se quita temblorosa el broche bruñido que le sujeta la tela contra los muslos y deja al descubierto hasta los pies todo el misterio de sus encantos.»

Su primer abrazo antes de la consumación del amor, es tan rápido, perfecto y armonioso que inmóviles lo alargan para disfrutar plenamente de su variada voluptuosidad. Uno de los senos de la cortesana se adapta como un molde bajo el brazo varonil que lo sujeta. Arde uno de sus muslos entre dos firmes piernas que lo comprimen y el otro, echado por encima, se abandona su propio peso. La galilea y su amado quedan así estrechamente unidos, dominados por la creciente exaltación de un deseo del que ya no pueden volverse atrás, pero que todavía no quieren satisfacer. Sus bocas sólo están prendidas desde los comienzos de la unión, inflamándose y embriagándose con el goce supremo que se hallan a punto de conseguir.

«Lo que más destaca de cerca es el rostro de la mujer amada. Contemplados a la excesiva proximidad del beso, los ojos de Krhysis se agrandan desmesuradamente. Cuando los cierra, permanecen dos pliegues paralelos sobre cada párpado y desde las refulgentes pestañas hasta el comienzo de los pómulos, se extiende un color opaco y uniforme; cuando los abre, la profunda pupila negra ensanchada extraordinariamente aparece circundada por un círculo verdoso y delgado como una hebra de seda que semejan una aureola bajo las largas y rizadas pestañas y con mayor detenimiento pueden apreciarse ligeros estremecimientos en las pequeñas comisuras rojas de las que brotan las lágrimas.

Y llega el beso interminable... largo... Como si bajo la lengua de Krhysis hubiera en vez de miel y leche como dice el Cantar (de

Salomón), agua viva, sin reposo, mágica. Lengua que la galilea le infunde toda su ternura y apasionada fantasía, ora ahuecándose, ora enrollándose, ora retirándose y alargándose como una flor que se cierra en forma de pistilo o se adelgaza como pétalo, carne que se hace rugosa para vibrar o se vuelve esponjosa para lamer consiguiendo caricias más excitantes que las de la mano y más expresivas que las de los ojos. Pero las variaciones no decaerán en el proceso hacia el clímax. A la cortesana le basta con la extremidad de los dedos para tender una red de contracciones espasmódicas que se propagan por todo el cuerpo sin desaparecer del todo. Ha confesado que no es feliz, sino sacudida por el deseo o enervada por el agotamiento; le espanta y le hacen sufrir las situaciones dejadas a medias. Cuando su amante le invita al esfuerzo final, le aparta con los brazos extendidos, junta con firmeza las rodillas y ofrece los labios suplicantes. Demetrios termina obligándola por la fuerza.

... Ningún espectáculo de la naturaleza, ni las llamas occidentales, ni la tempestad en los palmerales, ni el rayo, ni el espejismo, ni las grandes trombas de agua, son dignas de admiración por quienes entre sus brazos han visto transfigurarse una mujer. Krhysis se manifiesta fabulosa. Se levanta enarcándose y cae alternativamente con un codo en alto sobre los almohadones; tomando la esquina de un cojín inclina atrás la cabeza y se contrae sofocada como una posesa. Sus ojos ebrios de placer, concentran en las enfebrecidas pupilas el vértigo de la mirada. Las mejillas fulguran. Su cabellera toma un movimiento ondulante que deja alelado. Los músculos descendentes de las orejas a los hombros imprimen una belleza a los senos como dos tallos que sostuvieran apetitosas manzanas.»

Demetrios observa con un miedo que tiene mucho de sagrado, esta agitación de la diosa dentro de un cuerpo real, este transporte de todo un ser de carne y hueso, esta convulsión más allá de todo lo humano de que él es motor desencadenante y que puede excitar hasta el paroxismo o reprimir a voluntad. Todas las potencias de la vida se esfuerzan y magnifican a su propia vista para la unión. Los senos han alcanzado hasta en el crecimiento de sus pezones la majestad maternal, y aquellos gemidos lloran con anticipación los dolores del parto...

3. De las letras de canciones de grupos de música americanos (*Chicos son, hombres serán*, de Myriam Miedzian) una del grupo 2 Live Crew, titulada *Dick Almighty* (Polla todopoderosa), que pertenece al álbum titulado *As nasty as they wanna be* (Todo lo guarros que quieran) describe los enormes deseos de una chica para tener

sexo oral con «esta gran polla negra». Sigue diciendo: «Él rompe su coño abierto... causa su placer... su polla está tan dentro, ella se arrodillará y rogará... Chúpamela, puta, te hará vomitar.»

En la canción *Eat Me Alive* (Cómeme vivo), el grupo Judas Priest canta sobre una «piba chillando de placer cuando la penetra la barra de acero»; o cuando Great White canta «Conduce mi amor dentro de ti / clava tu coño hasta el suelo» en la canción *On Your Knees* (De rodillas).

4. De la narradora cubana Elsa Obregón Ochoa (Holguín, 1962), y de su cuento *En algún lugar, un día*, extraigo una parte del texto:

«... Él se acerca más, arrastrándose por la arena. Estira la mano y no coge la botella, sino un pezón grueso que, salido del traje de baño, le queda más cerca. Ella lo evita, pero ríe. Sólo por un instante piensa rechazar la torpe aproximación. Y desiste. Entonces acerca su mano a la cara de él. Toca una barba de puntas que pinchan. Ávida, busca en la noche la boca de sabor ajeno y oscuro.

Se mezclan labios y lenguas y los cuerpos chocan frenéticamente. Él vuelve a tocar sus pezones manchados de otras manos; los coge en su boca, que sabe a muchas bocas juntas, hasta perder su propio aroma. Besa la espalda que se arquea de placer y muerde el abdomen y baja al ombligo. Empieza a recorrer el vello que se levanta para incrustarse en la boca inflamada. La lengua es de serpiente y se adentra en dos agujeros que la noche no le deja ver, pero que él sabe húmedos, con sabor a tierra, a sal, a peces.

Ella lo voltea y besa su espalda. Desciende despacio. Queda sujeta de sus nalgas. Las aprieta. Besa hundiendo la boca, y su saliva cae lenta, espesa. El músculo se tensa por la prolongación de la caricia, se vuelve castigo por el deseo que despierta. Ella deja caer la mano por el costado y busca entre la arena, debajo de él, aquello que la martiriza al imaginarlo recio y desafiante. Lo aprisiona. Lo toca. Lo palpa con lentitud mientras continúa sobre su espalda. Él no puede aguantar más y se vuelve. Ella también, con él, y queda boca arriba. Los dos se enfrentan al cielo. Entonces él gira y ella queda abajo y ya no mira a lo alto, donde están las estrellas, sino a él, que es también una especie de cosmos.

—¿Cómo te llamas?— pregunta ella en un momento en que su boca queda libre.

—Eso no importa— dice él con la voz ya más despejada. —
Piensa que somos Adán y Eva en el paraíso.

Se besan con furia otra vez. El sexo duro, inflexible, se levanta
con terquedad y busca la hondura que se amplía húmeda entre restos
de algas y caracoles.

Sin embargo, el tiempo no pasa. Queda detenido en ese instante
presagioso. La arena desahoga, en un juego de azar, el silencio que la
envuelve. Mientras tanto, la noche deja encendida una luz para que la
escena no quede sin un nombre. La luz brilla en algún lugar.»

5. De la novela *El retrato*, del escritor cubano Pedro de Jesús López (1970):

«...Ninguno de los dos desea al otro. *¿Qué es el deseo? Una
creencia. Algo que no existe. Lo que existe es la necesidad del deseo*
(manuscrito de Gabriel: apuntes filosóficos, página 78).

Héctor lo besa en la boca. Manifiesta deseos de hacer el amor.

Hacer el amor. Hacer el amor es encuerarse y pedir al maestro,
*por favor... maestro alza mi culo hasta tu cintura /... por favor
maestro hazme decir por favor maestro jódeme ahora, por favor /...
por favor acaricia tu verga con blancas cremas / por favor maestro
toca con la cabeza de tu pene mi arrugado agujero del ser / por favor
maestro vete metiéndomela suavemente... / por favor maestro
métemela un poquito, un poquito, un poquito, / por favor maestro
húndeme tu enorme cosa en el trasero / y por favor maestro hazme
retroceder mi trasero para devorar el tronco de tu pene / por favor
maestro, por favor jódeme de nuevo con tu ser, por favor jódeme. Por
favor / Maestro empuja hasta que me duela la blandura hasta la /
Blandura por favor maestro haz el amor a mi culo... y jódeme de
verdad como a una chica / ... / Por favor maestro hazme gemir sobre
la mesa / Hazme gemir O por favor maestro jódeme así / ... Por favor
maestro llámame perro, bestia anal, culo húmedo / y jódeme con más
violencia... / y lánzate dentro de mi en un brutal latigazo final... / y
vibra durante cinco segundos para eyacular tu calor de semen / una y
otra vez, metiéndomela a golpes mientras yo grito tu nombre *Cómo te
amo / por favor Maestro.*»*

6. La escritora nicaragüense Gioconda Belli, narra en su novela *La mujer habitada*:

«...Le gustaba hacer el amor con música. Dejarse ir en la marea de besos con música de fondo, música suave como el cuerpo sinuoso que le surgía en la cama...

No concebía que pudiera alguna vez perder la sensación de maravilla y asombro cada vez que los cuerpos desnudos se encontraban.

Siempre había un momento de tensa expectativa, de umbral y dicha, cuando el último vestigio de tela y ropa caía derrotado al lado de la cama y la piel lisa, rosada, transparente surgía entre las sábanas iluminando la noche con luz propia. Era siempre un instante primigenio, simbólico. Quedar desnudo, vulnerable, abiertos poros frente a otro ser humano también piel extendida. Eran entonces las miradas profundas, el deseo y aquellas acciones previsibles y, sin embargo nuevas en su antigüedad: la aproximación, el contacto, las manos descubriendo continentes, palmos de piel conocidos y vueltos a conocer cada vez. Le gustaba que Felipe entrara en el ritmo lento del tiempo sin prisa. Había tenido que enseñarle a disfrutar el movimiento en cámara lenta de las caricias, el juego lánguido hasta llegar a la exasperación, hasta provocar el rompimiento de los diques de la paciencia y cambiar el tiempo de la provocación y el coqueteo por la pasión, los desatados jinetes de un apocalipsis de final feliz.

Sus cuerpos se entendían mucho mejor que ellos mismos, pensaba, mientras sentía el peso de Felipe acomodarse sobre sus piernas, agotado.

Desde el principio se descubrieron sibaritas del amor, desinhibidos y púberes en la cama. Les gustaba la exploración, el alpinismo, la pesca submarina, el universo de novias y meteoritos.

Eran Marco Polo de esencias y azafranes; sus cuerpos y todas sus funciones les eran naturales y gozosas...»

7. Del cuento *Prefiguración de una huella* de la escritora chilena Pía Barros:

«Lame mis rodillas, devocióname los muslos, lengua a lengua, lame mi pubis aguardante, sométeme, succióname, lame mi deseo y el dolor, asciende por mi vientre, sube, estremece tu piel al borde de la mía, abrázame, muerde mis hombros y tiembla, deja que te invada el temor, la ansiedad, reconoce la huella secreta de mis poros, anhélame... yo besaré tus ojos, morderé los vértices de tu boca, te dejaré temblar desfallecido, rasguñaré el descanso de tu espalda para hundir tu cabeza en mi pelvis, restregaré mi rostro en tu angustia y tendré que sostenerte con fuerzas ante la involuntaria flexión de tus rodillas, no debes aún, no debes; luego con lentitud, pasearán mis pezones por tu vientre, hacia arriba, arriba, pero no me abrazaré, estarás llorando y yo seré poderosa e invencible ante ti y no podrás tomarme, ahora que eres vulnerable, doblarás las rodillas y llorarás sobre tu deseo temblando, siempre estremecido, derrotado... entonces, sólo entonces abrazaré tu cabeza con mi pubis, descenderé hasta ti, desplegaré los muslos abiertos y asilaré tu angustia de mar y arenas que se reventarán en mis costas poderosas ahora que habrás comprendido, ahora que el rostro del tiempo se te ha mostrado, ahora que mi huella es indeleble e imposible.»

8. Y para finalizar, el deseo, la enajenación amorosa y erótica, alcanzan en el poema *Mi amado para mí* de Santa Teresa de Jesús, una de las cimas líricas más hermosas de la literatura universal y expresa el erotismo de una mujer que se siente poseída. Bernini en su obra *El éxtasis de Santa Teresa*, esculpió en mármol el poema, reflejado en el esplendor del ángel, el simbolismo sexual de la flecha, la cabeza inclinada, el cuello arqueado y el desfallecimiento del rostro de la santa, la flacidez de las manos y los pies y el drapeado de la túnica, que oculta la trémula gelatina del amor de un cuerpo en éxtasis orgásmico:

Ya toda me entregué y di.
Y de tal suerte he trocado
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado

Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.

Hirióme con una flecha
Enarbolada de amor
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Yo ya no quiero otro amor
Pues a mi Dios me he entregado
Y mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.